

Omraam Mikhaël Aïvanhov

Las semillas de la felicidad



Colección Izvor

Nr. 231

EDICIONES



PROSVETA

II

LA FELICIDAD NO ES EL PLACER

La necesidad de encontrar la felicidad está profundamente arraigada en el ser humano. Es esta necesidad la que le estimula, la que guía. Aun cuando, según su temperamento, mire esa felicidad bajo formas diferentes, se le aparece sobre todo bajo la forma del placer, ya que la felicidad no va nunca separada del placer y la mayoría de las personas confunden incluso una cosa con la otra. Se imaginan que todo lo que les parece atractivo, simpático, que les gusta, que les dice algo, es lo que les va a hacer felices. Pero no es así. Si se analiza lo que realmente es el placer, cómo se halla, dónde se encuentra, se comprenderá que es mucho más complicado.

Cuando se observa la energía que despliegan los humanos para sumergirse en aquellas actividades que le dan placer, es evidente que, si la felicidad fuera sinónimo de placer, todo el mundo nadaría en la felicidad. Pero más bien se produce lo contrario: a menudo, allí donde las personas encuentran su placer, también allí encuentran desgracia.

El placer es una sensación momentáneamente agradable que os impulsa a creer que, prolongándola durante el mayor tiempo posible, seréis felices. Pero no es así. ¿Por qué? Porque esas actividades que os procuran rápidas y fácilmente una sensación agradable no están situadas, la mayoría de las veces, en un plano muy elevado: sólo llegan al cuerpo físico, quizás al corazón y un poco al intelecto. Sin embargo, no se puede ser feliz cuando se busca satisfacer únicamente al cuerpo físico, al corazón e incluso al intelecto, porque son satisfacciones parciales y efímeras. La felicidad, contrariamente al placer, no es una sensación del instante y afecta a la totalidad del ser.

Quien cree encontrar la felicidad en el placer puede compararse al borracho: bebe vino o alcohol y se siente bien. ¡Ah! Olvida todas sus preocupaciones y saca la conclusión, por consiguiente, de que beber es magnífico. Si, si hay que pronunciarse con respecto a algunos minutos, a algunas horas, esto puede parecer magnífico. Pero, al cabo de unos cuantos años, ¿qué se producirá? La pérdida de las facultades, la imposibilidad de llevar una vida familiar y social equilibrada, la decadencia, quizás el crimen... Pues bien, en numerosas circunstancias, las personas se comportan como el borracho: ya que en aquel instante las cosas les parecen agradables y sacan la conclusión de que permanecerán así

toda la eternidad. Desgraciadamente para ellos, se ven obligados a constatar, a continuación, las pérdidas, los perjuicios, y sufren.

Ocurre lo mismo cuando se trata de personas con las que eligen fundar una familia, trabar una amistad o asociarse para un trabajo: tienen tendencia a guiarse según la primera impresión de placer o de disgusto, de simpatía o de antipatía. Piensan: «¡Oh, esto me dice algo!», y sin razonar, sin profundizar, toman una decisión, sin ver que en realidad están tratando con un malhachor. Y se alejan de otro que encuentran menos agradable, aunque se trate de un hombre justo, honrado, y bueno. En la medida en que una persona se guía por la simpatía o la antipatía, que son impresiones momentáneas, y no por la sabiduría que ve mucho más lejos, que ve mucho más allá, esta persona se equivocará.

Los Iniciados, los sabios nos previenen acerca de la realidad de las cosas; nos dicen: «Atención a lo que hacéis: una vez transcurrido el primer momento de satisfacción, pagaréis muy cara vuestra falta de clarividencia.» Y es así. ¡Cuántas cosas hay que son momentáneamente agradables, pero luego...! Por algunos minutos agradables de vez en cuando, hay que vivir años de sufrimiento. Por esto hay que estar alerta y confiar siempre un poco de lo que es agradable.

Existen algunos placeres que alimentan el alma y el espíritu; es verdad. Pero no es eso lo que

eligen con preferencia los humanos. Además, el hecho de guiarse por el placer presenta algunos peligros, ya que lo que les place alimenta la mayoría de las veces sus instintos más que u alma y su espíritu. He ahí la prueba: basta ver dónde encuentran el placer: comer, beber, acostarse con alguien, jugar en el casino, aplastar a los demás, vengarse, etc., posibilidades no faltan. Pero, entonces, ¿a dónde van de este modo? ciertamente, no van hacia la felicidad, ya que la felicidad es algo vasto, infinito, mientras que el placer sólo afecta a un ámbito muy limitado del hombre, el de la naturaleza inferior, egoísta, limitada.

Buscando el placer, el hombre piensa, sobre todo, en sí mismo, ya que su placer es él. No busca el placer de los demás, sino únicamente el suyo. Es así como se limita y se envilece porque, para obtener ese placer y defenderlo, está obligado, a menudo, a emplear métodos no muy católicos: se vuelve injusto, cruel y, si en un momento u otro se ve privado de ese placer, se muestra irritable, agresivo, vengativo. Entonces, ¿de qué felicidad gozará? Se vuelve insoportable con respecto a los demás, que no cesan de hacérselo sentir.

Naturalmente, no digo que haya de privarse de todos los placeres y de todas las satisfacciones: esto sería estúpido. Por otro lado, es la naturaleza la que impulsa a los humanos a buscar el placer; si no, la vida perdería su gusto, su sentido;

sería triste, monótona. Es el placer lo que anima, lo que da color a la existencia, y no se trata en modo alguno de suprimirlo. Es necesario solamente no ponerlo en primer término, no hacer de él un objetivo en la vida, sino orientar esta tendencia al placer hacia un sentido constructivo.

Todos nosotros tenemos instintos, deseos, y es normal, pero ello no es una razón para dejarnos llevar y hacer únicamente lo que nos place. Si el Cielo nos ha dado cerebro, es para que nos sirvamos de él a fin de orientarnos correctamente. El ser humano es como una nave que navega en el océano de la vida; a bordo de esta nave están los marineros que se ocupan de poner combustible en las calderas para su propulsión y, luego, está el comandante con su brújula, que se ocupa de la orientación. Los marineros son los instintos, los apetitos: son ciegos, pero nos hacen avanzar. El comandante es la inteligencia y la sabiduría que proporciona la dirección y vigila que la nave no vaya a estrellarse contra los escollos o a chocar contra otro buque. Desgraciadamente, esas naves que son los otros humanos están a menudo a punto de zozobrar, porque el comandante deja actuar a los marineros a su placer.

Las mayores desilusiones esperan a quien toma el placer como guía y como criterio, ya que no ve las consecuencias de las elecciones que está haciendo. Hay que buscar a otro guía: la razón, pues ella ve las consecuencias de cada una de las

direcciones hacia las que os sentís inclinados y os advierte: «Atención, por aquí te vas a estrellar...Por allí, si, puedes ir...» Desgraciadamente, si habláis con la gente, veréis que la mayoría de las personas están convencidas de que no podrán alegrar su ánimo si no llegan a hacer lo que les place. Y por ello están dispuestas a saltarse todas las reglas, todos los «tabús». Dicen que ellos quieren ser libres, ¿Y qué es esta libertad? La de hacer locuras e incluso la de destruirse. Porque cuando una persona se libera, por así decirlo, de la luz, de la sabiduría, de la razón, para gozar por unos momentos del placer, inevitablemente sufrirá incluso físicamente: se pondrán enfermos, ya que la enfermedad no es más que la menifestación en el plano físico de los desordenes que se han dejado instalar en el plano psíquico.

Querer cambiar los prejuicios y las reglas de una moral demasiado estrecha, para ser al fin y al cabo uno mismo, no es malo, sino lo contrario. Pero hay que saber que bajo las leyes de la moral humana existen las leyes eternas establecidas por la Inteligencia cósmica y que, tanto si se quiere como si no, si se transgreden estas leyes, se paga con la aflicción, el sufrimiento y la enfermedad. Os lo he dicho ya desde hace tiempo: es fácil prever que aparecerán en el mundo nuevas enfermedades debido a la manera como los humanos viven su libertad y, en ciertos casos, estas enfermedades serán incurables.

Naturalmente, la Inteligencia cósmica no es tan cruel como para destruir inmediatamente a alguien a la mínima falta. Quien hace excesos en la alimentación, en la bebida, en el tabaco, en la sexualidad, etc., puede caer enfermo sólo al cabo de unos años. Pero precisamente por ello es fácil prever que, si no cambia rápidamente de conducta, no podrá escapar de la enfermedad. El organismo que va más allá de la medida, en el terreno que sea, es como un artesanado que los gusanos van corroyendo: no lo destruyen de un día para otro, pero al cabo de los años la casa se hunde de repente. Muchas cosas son así en la vida y, como la gente no comprende la manera como trabajan las leyes, razonan en función de lo ocurrido en un corto espacio de tiempo. La gente dice «Mirad a fulano de tal: es honrado, razonable, bueno y, sin embargo, no obtiene ninguna recompensa. En cambio aquel otro es un bribón y todo le sale bien.» Y de aquí la gente saca la conclusión de que es más ventajoso ser un bribón. He ahí la filosofía que circula ahora por el mundo: la gente no ve más allá de su nariz.

En realidad, para comprender cómo trabajan las leyes, es necesario poder observar a los seres y los acontecimientos en un largo período. Un momento concreto del período de duración es insuficiente para poderse pronunciar. Mirad lo que pasa por los siglos se puede comprender cómo un país ha ido poco a poco deteriorándose; los

que estaban a punto de vivir esa decadencia no se daban cuenta de ello. Lo mismo ocurre con los humanos. Algunas veces, las consecuencias de una buena o mala conducta no pueden constatar-se en la encarnación actual, sino en la siguiente.

Pues bien, desgraciada o felizmente, la felicidad para el hombre no consiste en hacer lo que le place y como le place, ya que, os lo repito, la felicidad no es el placer. Entonces, prestad atención: no os dejéis influir. Muchos han encontrado normal el hecho de respetar ciertas normas de conducta y, luego, se han puesto a transgredirlas porque han oído decir a otras personas que eran pamplinas ridículas de las que era necesario librarse. Y, al fin se han liberado tanto que se han estrellado. Es así como personas que se creen muy inteligentes no sólo se precipitan ellas mismas hacia la catástrofes, sino que también arrastran a gran cantidad de ingenuos que les siguen. Ya conocéis la parábola de los ciegos del Evangelio: si unos ciegos conducen a otros ciegos, todos caen en la misma fosa. Sin duda, es algo que está muy extendido: ¡cuántos sabios, filósofos, pensadores, dicen cosas absurdas y, sin embargo, todos los siguen! Mientras que, los Iniciados que conocen las bases sobre las cuales está construida la vida, nadie los escucha, incluso se les rehuye. ¿Por qué? Es sencillo: porque los Iniciados no presentan las cosas de un modo tan agradable; ¡hablan de leyes, de razón, de sa-

biduría, de dominio de sí mismo e incluso de sacrificio! En cambio, los otros hablan de deseos, de placeres, de pasiones, de regocijos, algo que evidentemente gusta a todo el mundo. Pero, lo que os dice un Iniciado, es verdaderamente para vuestro bien. Quizá no lo es para lo que deseáis para vuestro bien momentáneo, pero lo será para vuestro bien venidero, definitivo, eterno. Sin embargo estáis ciegos. Sí, de eso se trata, de estar verdaderamente ciego: de no ver más que el momento presente, la satisfacción inmediata de un deseo, de una necesidad, de un instinto, en lugar de mirar hacia el futuro, un poco más lejos.

Sin duda alguna, esas explicaciones que hago ahora no son quizá para todo el mundo. En todo caso, hay que dejar que las personas busquen la felicidad tal como la entienden; siempre encontrarán algunas migajas que llevarse a la boca. ¡La naturaleza es así de generosa! Ha dejado en todas partes para roer..., incluso en las basuras, simbólicamente hablando. Respecto a quienes no son capaces de alimentarse en otra parte, ¿por qué hacerlos morir de hambre privándolos de los únicos alimentos que excitan su apetito? Estos alimentos los harán enfermar, sin duda; pero, ¿qué hay que hacer, si no desean otros...?

Respecto a quienes sienten que la plenitud, la felicidad que buscan está en otra parte y desean encontrarla, hay que ayudarlos. Es necesario decirles: «La felicidad, la verdadera felicidad

es muy difícil de conseguir, pero no es algo imposible.» Es necesario mucho trabajo, mucha voluntad y sobre todo discernimiento: comprender que lo que la mayoría de los humanos llama «felicidad» no es más que placeres, pequeñas satisfacciones, apariencias de felicidad. Si queréis emprender este largo y penoso camino hacia la verdadera felicidad y, una vez que la hayáis obtenido, poder darla a los demás, entonces, buscadla fuera de los caminos trillados: ¡ fuera del placer !